JOSÉ VELARDE

EL
CAPITÁN GARCÍA

(POEMA)

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Car. San Jerónimo, 2

SEVILLA
FRANCISCO ÁLVAREZ Y COMPAÑÍA
Calle de Zaragoza, 21

1884



EL CAPITÁN GARCÍA

JOSÉ VELARDE

EL

CAPITÁN GARCÍA

(POEMA)

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Car. San Jerónimo, 2

SEVILLA
FRANCISCO ÁLVAREZ Y COMPAÑÍA
Calle de Zaragoza, 21

1884

IMPRENTA DE RICARDO FÉ, CEDACEROS, 11

Al Centro Militar de Madrid,

José Velarde.



I

LENTAMENTE de los valles
la noche subiendo va,
y al quedarse todo en sombras,
y silencio y soledad.

—¡Centinela alerta!—se oye
á lo lejos exclamar,
y otra voz más á lo lejos
responder:—¡Alerta está!—

Entra la noche tan fría,
que en las fuentes del lugar,
el agua, muda, se para
y se convierte en cristal,

y las vacas que retornan
al establo con afán,
como si ardiesen por dentro,
humean al traspirar.

Aquella triste comarca
á un tiempo azotada está
por las furias de la guerra
y la estación invernal.

La nieve quema los brotes,
crece el río como el mar,
y los árboles arranca
de raíz el huracán.

Pero hace la guerra sola
más estrago, mucho más,
que todos los elementos
desatados á la par.

Aquí casas en ruinas,
bosques talados allá,
y en astillas y cascajos
el apero y el ajuar.

En graneros y bodegas
ni rastros de vino y pan,
y los árboles del huerto
ardidos en el hogar.

Trocados en foso y fuerte
arroyo y molino están,
los vallados en trincheras
y la iglesia en hospital.

Cantares, músicas, risas,
de allí huyeron con la paz,
solo expresan los semblantes
la zozobra ó la piedad;

y á quien sus penas olvida
se las viene á recordar
el aterrador:—¿Quién vive?—
ó el medroso:—¡Alerta está...!—

Pasan los hombres el día
contemplando su heredad
desde lejos, no pudiendo
de las trincheras pasar;

y las mujeres calmando
su temor y su ansiedad,
con rezos que el llanto viene
á menudo á entrecortar.

En cambio los rapazuelos
en holganza y libertad,
por las calles de la aldea
alegres vienen y van,

armados de palitroques,
llevando el paso á compás
y riñendo á cada instante
una batalla campal.

Mas ¡ay! se mueren de miedo
cuando la noche al cerrar
escuchan del centinela
el lejano:—¡Alerta está!—

Pero no siempre este grito
váse en el pecho á clavar,
tan agudo y tan helado
cual la punta de un puñal.

Cuando el miedo mil ruidos
del silencio hace brotar
y espectros aterradores
de la densa oscuridad;

cuando el hórrido estampido
creen las gentes escuchar
de una descarga, en la puerta
que sacude el huracán,

el clarín en el chirrido
de la veleta al girar,
y en el tropel de una ronda
el del asalto fatal;

y el hombre, asiendo de un hacha,
corre á ponerse detrás
de la puerta, decidido
á no morir sin matar;

y la madre tiembla y llora
por el sér angelical,
que en su regazo sonríe
soñando con Dios quizás;

entonces solo á las gentes
infunde seguridad
y vuelve el sueño á los ojos
el tranquilo:—¡Alerta está...!—

Porque aquel grito les dice:
—¡Hay quien vela; descansad!—
Y se duermen bendiciendo
al soldado que lo da.

¡Bien bendito el centinela
que envía á las almas paz,
desde el reducto lejano
en donde helándose está!

Frente tiene al enemigo,
acechándole quizás,
la lluvia fría le cala,
le envuelve la oscuridad;

es casi un niño; el recuerdo
asáltale pertinaz
de la madre que llorando
por él reza con afán,

y temor desecha y sueños,
y vigila sin cesar,
y firme en su puesto, grita
con voz fiera:—¡Alerta está!—

Sí, bendecid ese grito,
nunca lo dejeis de amar,
es la patria quien lo pide
y un valiente quien lo da;

y mientras fe y honor sean
quienes lo hagan resonar,
habrá Dios, y patria, y honra,
y familia y libertad.



II

n el salón de una casa,
tan vieja que está pidiendo
ó puntal que le de apoyo
ó pico que la eche al suelo,

están varios camaradas
de la guarnición del pueblo,
alegremente matando
tan triste noche de invierno.

Desvencijadas las puertas,
vencido y ahumado el techo,
desconchadas las paredes,
y terrizo el pavimento,

así la sala, que ostenta
rotos trastos por trofeos,
telarañas por cortinas
y un candil por reverbero.

Mas quizá ningún palacio
ver logró en sus aposentos
espectáculo tan grande,
tan animado y tan bello.

Cercando el hogar, en donde
casi una selva está ardiendo,
encuéntranse los sesudos,
los tristes y los frioleros,

quien sentado en silla coja
quien en un trozo de leño;
éste de pié contra el muro,
aquél tendido en el suelo.

Allá en un corro, alumbrado
por una vela de sebo,
sobre una tarima rota
se juega con náipes viejos;

en otro se habla de amores;
en éste se narran cuentos;
en aquél se bebe, y canta,
y en todos se grita recio.

Aquí un alférez sin bozo,
que se las da de guerrero,
conversando gravemente
con un comandante viejo;

allí un teniente poeta
que graciosa letra ha puesto
á cuanta música toca
la banda del regimiento.

Acá un subteniente cano,
que era hace poco sargento,
y aún se corta entre oficiales,
pero no al entrar en fuego,

cerca del Grande de España
que de veras quiere serlo
y las proezas emula
de sus heróicos abuelos.

Allá el oficial buen mozo,
de las viejas embeleso,
que hasta en las mismas batallas
entra atusándose el pelo,

y más allá el calavera
que alborota como ciento,
y es en palabras y acciones
relámpago, rayo y trueno.

Allí el catalán altivo,
el aragonés sincero,
el sufrido castellano,
el concienzudo gallego,

el cántabro, en fortaleza
cual sus montañas de hierro,
y el andaluz, que en la mente
lleva el fulgor de su cielo.

Va el uno casi descalzo,
el otro de lodo lleno,
éste, en girones la ropa,
aquél, de uniforme nuevo;

todos, las voces ahogando
de sus propios sufrimientos
en la común alegría
y el universal estruendo,

y todos, pobres y ricos,
el adusto y el chancero,
el torpe y el avisado,
el Título y el plebeyo,

fundidos los corazones
en un solo sentimiento;
en el amor á la patria
que se está mirando en ellos.

Cuando era mayor la bulla
penetró en el aposento,
renqueando de una pierna,
un capitán de lanceros,

de porte tosco y altivo,
alto y robusto de cuerpo,
de más de cincuenta abriles
y cara de muy mal genio.

El sol, el aire y los años
á su rostro oscuro dieron
las tintas y las arrugas
que á las hojas el invierno;

siendo tan corto de frente,
que si desplegaba el ceño,
sus cejas profusas iban
á unirse con el cabello.

Largos, copiosos, caidos,
rojizos y amarillentos,
sus bigotes recordaban
de las mazorcas los flecos;

y por velluda y por fuerte,
su mano gozaba á un tiempo
del halago de la seda
y la pujanza del hierro.

Andaba mal; vivió siempre
ó tendido ó caballero;
jamás consiguió ni quiso
ablandar su voz de trueno;

bebía y jugaba mucho;
era en las disputas terco,
sufrido entre camaradas,
de espíritu aventurero,

y rabiando de vergüenza
al sentir impulsos tiernos,
los ocultaba lanzando
tales votos y reniegos,

que á tostarse hubiera ido
á los profundos infiernos
si á votos de militares
no se hiciera sordo el cielo.

—Venga por acá, García—
al verle, díjole atento
su jefe, dándole sitio
á su lado, y añadiendo:

—¿Por qué no se da de baja?—
—¿De baja yo? Solo muerto—
el capitán respondióle
entre un rosario de ternos.

—¡Que el reuma me tiene cojo!
¿Y qué le importa á un lancero,
mientras ande su caballo,
una pierna más ó menos?

¡Yo enfermo y en cama! Nunca.
Ya en torno de mí ver creo
al *Físico* con sus drogas,
á vosotros de enfermeros,

á mi asistente pujando,
al *Pater* de cura haciendo,
y á la maldita patrona
preparándome el entierro.

Yo quiero morir jinete,
de uniforme, en campo abierto,
y á estocadas y balazos
hecho una criba el pellejo.—

—Los que á García mal traen—
dijo un oficial—son celos.—
—¿De quién, de quién? ¿Quién es ella?—
veinte gritaron á un tiempo.

—¡Qué celos, ni qué demonios!—
él repuso;—lo que tengo
es que cumplió mi asistente
y mi caballo está enfermo.

¿Os reís? ¿Qué mujer vale
la décima parte que ellos?
¿No hago del uno mis brazos?
¿Mis piernas del otro no he hecho?

¿No dejan por mí, á su madre
el uno, y el otro el pienso?
¿Y ambos, al par que animosos,
no son fieles como perros?

¡Mujeres...! ¡De una que quise
recibí tal escarmiento...!
Treinta años tiene la historia
y aún llorando la recuerdo.—

—¡Que nos la cuente!—uno dijo;
los restantes aplaudieron;
y él exclamó, con voz triste:
—¿Lo queréis? Pues va de cuento.—

Y como á la oculta fuerza
de un imán obedeciendo,
á tales frases, los grupos
callaron, se deshicieron,

juntáronse en uno solo
del que García fué centro,
y sucedió á la algazara
estruendosa, tal silencio,

que sobre el rumor confuso
de los cortados alientos,
como tiros resonaban
los estallidos del tuero.



III

EXTRAÑEZA y confusión
os causará mi palabra,
cuando el fondo oculto os abra
de mi triste corazón.

Romperé ¡por vida mía!
la corteza que me escuda,
aunque os asalte la duda
de si soy ó no García.

Mi historia vais á saber;
así juzgareis por ella
mejor, la maldad de aquella
encantadora mujer.

Vine al mundo con tal suerte,
que á mi madre bendecida
al irme dando la vida
la iba yo dando la muerte.

Oficial pobre mi padre,
en bien mío, solo pudo
con un asistente rudo
partir cuidados de madre.

¡Qué abnegación, qué ternura,
qué afán en aquellos bravos
convertidos en esclavos
de una inocente criatura!

¡Cuántas veces mi albedrío
de aquellos fieros leones
hizo los mansos trotones
del carro de juego mío!

¡Y cuántas les ví deshechos
por mí en lágrimas, mojando
las cruces de San Fernando
que engalanaban sus pechos!

Fuí á estudiar; desde aquel día
cuando he querido gozar
he tenido que soñar
que era niño todavía.

Estudios dejando en pos
á alférez iba á salir,
cuando en la guerra á morir
vinieron juntos los dos.

Y al verme solo en la tierra,
por la venganza arrastrado,
senté plaza de soldado
para ir más pronto á la guerra.

Combatí con ardimiento,
á lanzadas los vengué,
y con mi sangre gané
los galones de sargento.

Entonces la conocí...
¡Y lo que puede el amor!
Todo lo ví del color
de la dicha que sentí.

Breve, esbelta como un hada,
el abundante tesoro
de sus cabellos de oro
le servía de almohada;

y el son de su andar suave,
apenas si lo remeda
el blando roce de seda
del aleteo de un ave.

En su rostro nacarado
confundieron sus colores,
en competencia, las flores
del almendro y el granado,

y su seno de azahar,
á un suspiro de mi aliento,
se agitaba turbulento
como las olas del mar.

Su boca, que tanta oferta
de amor eterno me hacía,
al sonreir parecía
una granada entreabierta;

nido de besos de amor
con la esencia del clavel,
la dulzura de la miel
y el canto del ruiseñor.

Velados por las pestañas
sus grandes ojos azules,
cual los astros por los tules
de vapor de las montañas,

lanzaban tales destellos
al abrirlos amorosa,
que á ser uno mariposa
volara á quemarse en ellos.

Y voz, sonrisa, actitud,
mirada, llanto, alegría,
todo en ella aparecía
con esmalte de virtud;

por modo tan singular;
como arena, concha, bruma,
escama, perla y espuma,
todo es iris en el mar.

Nos amamos con pasión:
ella á mí, como mujer;
yo poniendo en aquel sér,
alma, vida y corazón.

Todo me causaba enojos
en siendo extraño á mi anhelo,
y hallaba triste hasta el cielo
á no mirarlo en sus ojos.

¡Oh! ¡cuántas horas de calma
pasábamos frente á frente
con los ojós mútuamente
absorbiéndonos el alma!

Parecía tan veraz
su acento al jurar amor...
¡No arrullaría mejor
una paloma torcaz!

¡Todas ¡ay! mentidas galas,
más débiles á la prueba
que el polvo de luz que lleva
la mariposa en las alas!

A la guerra me partí,
presa de angustia mortal,
y cuando ya de oficial
á su reclamo volví;

segura de mi furor,
había la infame huido
con el hombre corrompido
á quien vendiera su amor.

Tan inícuo proceder
me anonadó de tal suerte,
que la locura y la muerte
se disputaron mi sér.

En mi sentido volví
y con él á la agonía,
porque arrojar no podía
á aquella ingrata de mí.

¡Ay! De un golpe ó rama á rama
se logra un árbol matar,
mas no hay medio de estirpar
las raices de la grama;

y arraigó en mí la pasión
de tal modo, que aún mi oido
oye en sueños el latido
de aquel falso corazón.

Muerto hubiese á no hallar calma
al poner en mi bandera,
con mi vida toda entera,
los goces todos del alma.

A ella viví consagrado
¿qué mucho que ahora os asombre
haber visto un débil hombre
en el áspero soldado?

Dejadme, ¡por vida mía!
dejadme marchar de aquí,
que avergonzado de mí
está el Capitán García.»—

Así, á gritos concluyó,
y á su aspereza volviendo,
con la rabia y el estruendo
con que vino se partió.



IV

Por asiento el duro lecho,
y por mesa la rodilla,
y de un algodón con borras
empeñado en sacar tinta;

á su asistente mirando
está el Capitán García,
cual si quisiera sacarle
las palabras con la vista.

El asistente, cuadrado,
las orejas encendidas,
puestos los ojos en tierra
y la boca sin saliva,

no acierta á hablar ni á moverse,
y trasuda de fatiga,
alentando cual si el peso
del mundo tuviera encima.

Uno y otro, al embarazo
en que están, preferirían
asaltar al descubierto
las trincheras enemigas.

Al fin logra el asistente
recobrarse, y así dicta:
«Madre: sabrás como tengo
la absoluta concedida;

pero habrás de hacerte cuenta,
lo mismo que mi Inesilla,
que á pesar de haber cumplido
no he cumplido todavía.

Mi Capitán está malo
y su cariño me tira,
como el tuyo y el de *ella*
y el de toda la familia.

Hasta verle bueno y sano
me quedo en su compañía.
Adios y no pases penas
madrecita de mi vida.»

El Capitán, perjurando
que es el humo de la pipa
lo que le corta el resuello
y le oscurece la vista,

en vez de escribir las frases
que el asistente le dicta,
escribe en letras muy gordas
estas palabras sencillas:

«Madre: ya soy licenciado
y partiré de seguida
al pueblo para abrazarte
y unirme con Inesilla.

Mi Capitán, en recuerdo
de haberle salvado un día,
me dará con que rescate
la casa y tierra vendidas.

A Inesilla que prepare
el ajuar á toda prisa;
tú, por hoy, recibe á cuenta
la mitad del alma mía.»

Y esto escrito, procurando
con una tos mal fingida
ocultar al asistente
la emoción que le domina,

despues de cerrar la carta
con manos extremecidas,
—¡Al correo, pronto, pronto!—
desentonado le grita.

Y el mozo sale con ella
casi llorando de dicha
al verse libre del trance
más amargo de su vida.

—Necesitaba estár solo,—
exclama entonces García.
—Si dura más esta escena
muero al cabo por asfixia.

¿Quién en ese pobre mozo
tal cariño supondría?
¿Y cómo hasta hoy no he sabido
que le tengo en tanta estima?

Si mañana por mi causa
alguna bala perdida...
¡Su pobre madre... su novia...!
¡No ha de ser, por vida mía!

¡Y es bravo! ¡vaya si es bravo!
¡con cuánto esmero me cuida...!
¡Justo! Pasado mañana
le mando con su familia.—

Estas frases y otras muchas
desordenadas decía,
llevando á secar sus ojos
las mangas de la levita;

Cuando viene á interrumpirle,
tan recia como sumisa,
la voz del chico que vuelve
retozando de alegría.

El Capitán ya repuesto,
le llama y le dice:—Mira,
en la carta que te he escrito
he anunciado tu partida.

Tú, cumplido con la patria,
te debes á tu familia;
pasado mañana al pueblo;
yo dotaré á tu Inesilla.—

—¡Mi capitán!—sollozando
el asistente replica.—
—Vamos; basta; buenas noches,—
interrúmpele García.

Al par pujando y gruñendo
el muchacho se retira;
la noche se hace muy larga,
y la luz del nuevo día

á los dos halla despiertos,
con la voz enronquecida,
con los ojos como puños
y la conciencia tranquila.



V

TAN cargado de arrebol,
vino aquel amanecer
que pareció el mundo arder
en las llamas de un crisol;
y alzóse tan vivo el sol
que quisieron comenzar
las semillas á brotar,
los arroyos á reir,
los enjambres á bullir
y las aves á cantar.

Gozosa la tierra entera
recibe tan bello día
como un beso que le envía
la cercana primavera;

y hasta el anciano que espera
su fin, resignado ya,
aquel día alegre está,
olvidado de su cruz,
bebiendo ansioso en la luz
la vida que se le va.

Todo el pueblo se alboroza;
al campo sale en tumulto
á rendir á la luz culto
la gente vieja y la moza:
hasta el afligido goza;
no queda angustia ni duelo
sin un rayo de consuelo;
que cuanto más sufre un alma
encuentra más dulce calma
en la sonrisa del cielo.

De un convento hecho cuartel,
voces de júbilo dando,
sale la tropa imitando
del vivo enjambre el tropel;
se arremolina como él,
espárcese en derredor,
y cada cual tras su amor

precipitado se aleja
al modo que cada abeja
vuela en busca de una flor.

Andando con mucho afán,
en su asistente apoyado,
á gozar del sol templado
también sale el Capitán.
Y así le aconseja:—Juan,
la dicha te espera allí,
si honrado como hasta aquí,
en aquellas dos mujeres
cifras todos tus placeres
con la fe que ellas en tí.

Si te ves en un apuro
acuérdate de este viejo
que sabe que no hay consejo,
para el pobre, como un duro.
Sé bravo siempre, seguro
de que triunfa solo el fuerte;
y no olvides, si la suerte
te es contraria en la contienda,
que no hay en el mundo senda
que no termine en la muerte.

Vuelto á la tierra natal,
limpia el hierro del arado
y llévalo tan honrado
como hoy el hierro marcial.
De uno y otro por igual
son honrosas las hazañas;
si hace el uno en sus campañas
libre á la patria y gloriosa,
hácela el otro dichosa
fecundando sus entrañas.

Si te llegas á casar
resigna el mando en Inés,
que más vale que le dés
lo que al fin te ha de quitar.
Tengan en tu pecho altar,
honra, patria y religión.
Con fe pide en la aflicción
seguro de hallar consuelo,
que tan solo no oye el cielo
al mudo de corazón.—

Esto el Capitán decía
de modo tan imponente
que temblaba el asistente

creyendo que le reñía.
De una exclamación impía
cada frase acompañaba,
y motivos mil buscaba
para ocultar, con un gesto
de furor, con un denuesto,
la ternura que le ahogaba.

Cuando esta tenaz idea
le dejó libre el sentido,
notó que estaba rendido
y muy léjos de la aldea.
—¡Maldita esta pierna sea!—
dijo sentándose al par;
y un terrible malestar
sin duda le acometió,
pues él, que nunca tembló,
rompió de pronto á temblar.

Fué que, al llevar la mirada
por el tranquilo horizonte,
vió descender por el monte
una enemiga avanzada.
Sin decir al mozo nada,
se interpuso entre ella y él,

sacó lápiz y papel,
escribió rápidamente
y le mandó de repente
con lo escrito al coronel.

Pero Juan, que entonces vió
al enemigo venir,
le dijo en vez de partir:
—También quiero morir yo.—
—¿No me obedeces?—rugió
como un tigre el capitán,
con imponente ademán
desenvainando el acero.
—Que me mate V. prefiero—
murmuró, sumiso, Juan.

—Imbécil—gritó García—
la gloria de la campaña,
la suerte quizás de España
dependen de la orden mía.
Tu insensata villanía
puede á la patria perder.—
Estas frases convencer

lograron al asistente
que le abrazó estrechamente
y echó llorando á correr.

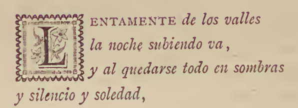
El capitán le siguió
con cariñosa mirada
hasta que en una hondonada
del camino le perdió.
—¡Adios! ¡adios!—exclamó.
Te he engañado, pobre amigo;
sé feliz; llevas contigo
mi testamento y mi herencia.
¡Ya está libre mi conciencia,
ya me encuentro bien conmigo!—

Y al enemigo cercano
se volvió tranquilamente,
y le esperó frente á frente
con el acero en la mano.
Unía aquel veterano,
al arrojo para ir
como el héroe á combatir,
la fuerza de corazón
que presta resignación
al mártir para morir.

Y en tanto que desalado
corriendo al pueblo iba Juan
y la muerte el capitán
esperaba resignado;
en monte, valle y poblado
todo era paz y alegría,
cantaban en armonía
hombres, pájaros y fuentes
y derramaba á torrentes
sus resplandores el día.



VI



LENTAMENTE *de los valles*
la noche subiendo va,
y al quedarse todo en sombras
y silencio y soledad,

—¡Centinela alerta!—se oye
á lo lejos exclamar,
y otra voz más á lo lejos
responder:—¡Alerta está!—

En la nave de una iglesia
convertida en hospital,
donde el eco hace á los ayes
como truenos retumbar,

y donde en sombras se pierde
la trémula claridad
de una lámpara, que alumbra
de un Crucifijo la faz;

rodeado de cien hombres
que ni aún osan respirar,
sobre un lecho de campaña
agoniza el Capitán.

Sangrando por diez heridas
inmóvil y mudo está,
abrazado á una bandera
que pidió con vivo afán,

hasta que al cabo se duerme
para nunca despertar,
dibujada en el semblante
dulce sonrisa de paz,

una mano en las del jefe,
otra puesta en las de Juan,
y con los ojos clavados
en el Cristo del altar.

Entonces, uno le llora,
otro le abraza tenaz,
éste reza, aquél medita,
y todos tristes se ván,

dejando el templo sumido
en silencio sepulcral,
y tristísima penumbra
y medrosa soledad.

Y Juan, que vela y delira
junto al cadáver glacial,
cada vez que oye un alerta
á lo lejos resonar,

creyéndose que le llama
desde el cielo el Capitán,
se extremece, abre los ojos
y murmura:—¡Alerta está!—

Madrid, Enero 1884.